

LA TIERRA EN EL TEATRO CUARTA PARED DE MADRID

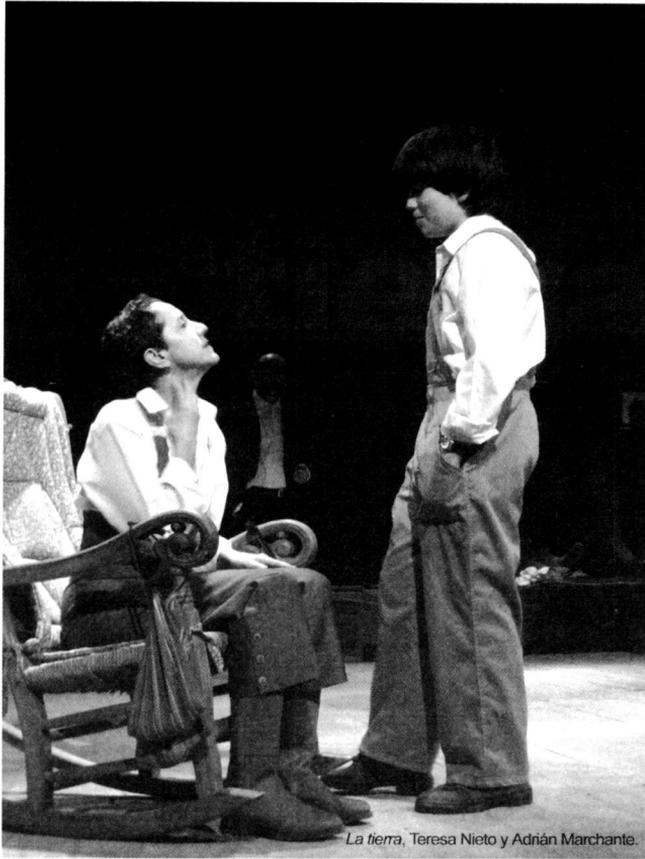
Magda Ruggeri Marchetti

Autor: José Ramón Fernández. Director: Emilio del Valle. Escenografía y vestuario: Elisa Sanz. Iluminación: José Manuel Guerra. Espacio sonoro y audiovisual: Jorge Muñoz. Intérpretes: Miriam Montilla, Teresa Nieto, Jorge Muñoz, Manuela Paso, Juan Alberto López, Yiyó Alonso. Teatro Cuarta Pared, 25 de febrero de 2007.

Varias veces hemos hablado de José Ramón Fernández, un autor fundamental en la dramaturgia española contemporánea (*Cuadernos de dramaturgia*, n. 3, *ASSAIG DE TEATRE*, n. 56, *Las puertas del drama*, n. 24, etc.). Aquí recordaremos sólo que ha ganado el premio Calderón de la Barca en 1993 y el Lope de Vega en 2003. *La tierra* fue escrita entre 1994 y 1997, quedando finalista del Premio Tirso de Molina en 1998. En ese mismo año el autor la leyó en el Festival de Sitges. Se efectuaron también tres lecturas dramatizadas (ESAD de Murcia, SGAE de Madrid y Ciclo de Dramaturgia Europea de Santiago de Chile) y una puesta en escena en la Escuela de Arte Dramático de Murcia. Ahora, finalmente, ha encontrado un director, Emilio del Valle, que ha reparado en su valor y la ha montado con éxito, a pesar de su dificultad, en un teatro comercial, aunque alternativo. Es inconcebible que una obra como ésta no haya encontrado espacio en una estructura pública o en una sala convencional.

La fábula puede parecer sencilla: una mujer vuelve a su pueblo tras nueve años de ausencia con el pretexto de la comunión de su sobrino, pero en realidad con la intención de esclarecer un asesinato ocurrido antes de su marcha y que ha permanecido impune. Aquí, como en otras obras de este autor, el suspense se obtiene por medio del inicio en *media res* y de los numerosísimos *flash-backs*, aplazando al final la liberación de la angustia creada por el silencio. La obra se estructura en veintitrés cuadros, nueve dedicados al presente y catorce al pasado. Las dos épocas se entremezclan continuamente y cada cuadro está encabezado por su correspondiente adverbio: «antes» o «ahora». Este tratamiento del tiempo no es nuevo en José Ramón Fernández pues ya en *Para quemar la memoria* las escenas abandonan el orden cronológico, así como los diálogos, permitiendo al espectador muchas posibilidades interpretativas.

La primera lectura puede resultar algo desconcertante porque no se trata de un texto teatral típico con las acotaciones separadas de las intervenciones, a su vez precedidas por el nombre de los protagonistas. Ni siquiera ofrece el elenco de los personajes, sino que éstos son presentados en una especie de prólogo. José Ramón Fernández considera esta pieza un manifiesto sobre cómo él cree que debe ser el teatro: es decir, una propuesta abierta para el director y los actores. En



La tierra, Teresa Nieto y Adrián Marchante.

La Tierra, de José Ramón Fernández.

efecto, este texto deja completa libertad hasta el punto de que muchas frases pueden ser dichas por uno u otro personaje, pero una sensación se percibe en todos ellos: una conciencia culpable, una vergüenza por su cobardía cómplice y la opresión del silencio. No es casualidad que en los tres epígrafes sea visible un insoportable remordimiento y en dos de ellos aparezca la palabra «vergüenza». En el presente, los asesinos ya no se encuentran en el pueblo; sólo se ha quedado Miguel que al final asumirá la responsabilidad y, asumiéndola, redime a todos los demás.

En efecto, el verdadero líder, y sin duda el más culpable («el rey de la manada»), es el hermano de la madre, que incita al grupo contra Pozo definiéndole como «animal». Éste, intentando ayudar, contribuye involuntariamente al accidente que deja cojo a Miguel y frustra para siempre su sueño de ser torero, pero él es un inocente que en realidad lo adoraba. En cambio todos lo consideran «el otro», el forastero, lo maltratan y terminan matándolo como a un perro. Pero el homicidio cambia la vida de estos jóvenes con la asfixia de la ley del silencio. El director consi-

dera este silencio como un espejo de la historia de España del siglo xx, un silencio que perdura, porque todos callamos «ante los muertos de Irak, Etiopía, Afganistán, Sudán», etc.

Mención especial merece el lenguaje de José Ramón Fernández que, descarnado y esencial, huye del barroquismo pero no desdeña imágenes poéticas y artificios literarios en cuanto, como él mismo afirma, «escribir teatro es su manera de hacer poesía». Imágenes mentales plasmadas en metáforas y palabras clave sostienen y refuerzan la dialéctica entre verbo y signo visual que se materializa en el escenario. El léxico es sencillo y los términos comunes expresan el fluir de una cotidianeidad sólo rota por un suceso, el asesinato, que quiebra el mecanismo convencional de la vida social y psicológica. Algunas palabras o frases están preñadas de significado: «tierra», que la madre Pilar conoce tan profundamente palpando los sacos en los que se la traen, sabe de dónde viene, cómo va la cosecha; «tierra» donde se ha escondido el cadáver de Pozo; «tierra» seca porque desde el asesinato no llueve y han pasado nueve años; «silencio», que domina los cuadros del presente; «ojos», que comunican emotividad entre el mundo interior y exterior. Los de Pilar en el pasado proyectaban esperanza a su alrededor; hoy «...gastados, miran al vacío».

Sin duda, el autor pone un cuidado especial en la precisión del lenguaje. A veces una breve frase es como una pincelada que define al personaje: «Mercedes [...] tiene la vida en el borde de los dedos, el sexo y la alegría casi son sonidos cuando se mueve.» Emplea también palabras adecuadas al ambiente: terminología taurina y de la cultura rural, pero no típicas de un lugar definido para que cada uno pueda identificarlo con el suyo. Se nota una gran diversidad entre los campos semánticos del pasado y del presente: en el primero domina la alegría, en el segundo el silencio y una «profunda sensación de desamparo». En fin, se trata de un castellano amplio y sonoro que tiene gran fuerza poética.

Probablemente por haber apreciado el valor de este soporte verbal, el director ha tratado con gran respeto el texto realzándolo, asignando el papel del narrador al abuelo muerto, un muerto que sólo su mujer; y al final también su nieto, ve. Ha sabido mostrar de esta manera lo que José Ramón Fernández entiende por realidad, que no está constituida sólo por lo tangible, sino también por cuanto está en el recuerdo y en el pensamiento. El director ha efectuado un intenso trabajo en la obra. Nada es gratuito y todo ha sido fruto de una búsqueda. Especialmente acertado es el tiempo lento de la representación, donde el silencio tiene gran protagonismo. Bueno todo el reparto. En particular señalamos la actuación de Teresa Nieto en el papel de Pilar, Jorge Muñoz en el de Miguel y Yíyo Alonso, que muestra dotes de buen narrador; en el del muerto Juan. Sin duda la obra llega al público, que la hace suya. La respuesta entusiasmada de los espectadores demuestra que se han hallado códigos expresivos de gran interés.